

RAFAEL ÁBALOS

# POLIEDRUM

Novela ganadora  
del Premio de  
Literatura Juvenil

**AS**  
de picas

*viceversa juvenil*

**POLIEDRUM**



RAFAEL ÁBALOS

# POLIEDRUM

Novela ganadora del Premio de Literatura Juvenil As de Picas 2009

 **viceversa**  
EDITORIAL



[www.editorialviceversa.com](http://www.editorialviceversa.com)

© Rafael Ábalos, 2009

© Editorial Viceversa, S.L., 2009

Calatrava, 1-7 bajos. 08017 Barcelona (España)

Primera edición: noviembre 2009

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Printed in Spain* – Impreso en España

ISBN: 978-84-92819-05-8

Depósito legal: B-38.662-2009

Impreso por Printer Industria Gráfica

## Índice

Capítulo 1	El puñal dorado	11
Capítulo 2	La clave «cómic»	12
Capítulo 3	El Club de la Trastienda	17
Capítulo 4	La sala de los Másters	29
Capítulo 5	La sociedad editorial	34
Capítulo 6	El chico desconocido	40
Capítulo 7	Un proyecto insólito	45
Capítulo 8	De regreso a casa	56
Capítulo 9	Una decisión arriesgada	61
Capítulo 10	El sobre lacrado	67
Capítulo 11	Más allá de lo visible	71
Capítulo 12	Un recuerdo amargo y una sorpresa	81
Capítulo 13	El dado de rol	89
Capítulo 14	La noche eterna	98
Capítulo 15	Sombras al acecho	107
Capítulo 16	Un mordisco envenenado	112
Capítulo 17	Calma tensa	119
Capítulo 18	La Cámara Oscura	126
Capítulo 19	La serpiente de bronce	136
Capítulo 20	El castillo encantado	140
Capítulo 21	La voz del Máster	143

<b>Capítulo 22</b>	Algo no encaja	145
<b>Capítulo 23</b>	Los ojos del cuervo	149
<b>Capítulo 24</b>	Faedrock «el Inmortal»	153
<b>Capítulo 25</b>	Los guardianes de las mazmorras	159
<b>Capítulo 26</b>	Quién es quién	163
<b>Capítulo 27</b>	Todos me llaman Beil	168
<b>Capítulo 28</b>	La pesadilla de Matheus	171
<b>Capítulo 29</b>	Un verdadero héroe	175
<b>Capítulo 30</b>	Un silencio aterrador	178
<b>Capítulo 31</b>	El as de tréboles	184
<b>Capítulo 32</b>	¡Vencer o morir!	188
<b>Capítulo 33</b>	Los dos caminos	193
<b>Capítulo 34</b>	La soledad del alma	196
<b>Capítulo 35</b>	Un círculo mágico	199
<b>Capítulo 36</b>	El abrazo de la muerte	204
<b>Capítulo 37</b>	El escudo heráldico	209
<b>Capítulo 38</b>	La pizarra digital	214
<b>Capítulo 39</b>	Una pregunta que responder	218
<b>Capítulo 40</b>	El dodecaedro y la espada	221
<b>Capítulo 41</b>	El núcleo Cosmo	227
<b>Capítulo 42</b>	La noticia del crimen	235
<b>Capítulo 43</b>	La conjura de un traidor	238

*A mis hijos Pablo y Leticia.  
No son héroes, pero son fantásticos*

*Aquella revista hablaba de sus héroes, estaba poblada por personajes que le suscitaban el deseo de ser como ellos, le señalaban un camino, una meta.*

JUAN BONILLA



## Capítulo 1

# EL PUÑAL DORADO

**S**igilosa como un espectro, la extraña figura se ocultó bajo los árboles del parque Princes Street. No era un ser humano ni una bestia, pero su aspecto diabólico habría horrorizado a cualquiera que la hubiese visto deslizándose entre la niebla con un puñal dorado en su mano. Muy cerca de allí, el creador de cómics Layonel Savage caminaba por un sendero del parque como lo hacía cada atardecer, después de terminar el trabajo. Tenía cincuenta años, era un hombre rico, apuesto y elegante, gozaba de buena salud y se sentía feliz: su gran obra estaba concluida.

Su mansión quedaba al otro lado de la cima rocosa sobre la que se alzaba el castillo de Edimburgo. Hacía una hora que Sheridan, su mayordomo, lo había llevado en coche hasta el monumento a sir Walter Scott. Desde allí, Layonel Savage comenzó esa tarde su paseo cotidiano por los solitarios jardines de Princes Street, sin saber que apenas le quedaban unos minutos de vida.

Todo fue tan rápido que Layonel Savage no tuvo tiempo de defenderse con el sable que ocultaba dentro de su bastón metálico. Sólo pudo oír el zumbido de unas alas de murciélago antes de ver el horrible rostro de su asesino.



## Capítulo 2

### LA CLAVE «CÓMIC»

**E**l mensaje parpadeó en la pantalla del móvil. Era sólo una palabra: **CÓMIC**. Melissa Dawson supo al leerla que esa tarde, a las cinco, debía acudir sin falta al lugar de reunión. Al salir de clase, se despidió de sus compañeras y marcó un número de la agenda de su teléfono. Esperó entre la niebla, junto a un árbol invisible del campus del instituto, hasta que en el auricular escuchó la voz de su amigo Nathan Spey.

—Hola, Melissa.

—¿Has recibido la clave?

—Sí —contestó Nathan.

—Supongo que irás a la cita.

Por un instante, el silencio fue tan espeso como la niebla que envolvía a Melissa Dawson.

—No lo sé —masculló Nathan, al fin.

—¿Aún estás enfadado?

—Un poco.

—Deberías olvidar lo que pasó; sólo fue una discusión absurda. Si Timothy te ha enviado el mensaje está claro que él ya se ha olvidado de lo ocurrido.

—No quiero ser un estorbo.

—Vamos, Nathan, nadie piensa que seas un estorbo. Pero admite que te comportaste con Timothy como un niño mimado.

—Tú siempre estás de su lado...

—¡Eso no es cierto! —protestó Melissa Dawson—. Tu rabieta fue injustificada. Timothy sólo intentaba que lo comprendieras.

Nathan Spey no estuvo de acuerdo con esa opinión.

—¡Dijo que yo era un jodido metepatas, que lo fastidiaba todo! —exclamó.

—Cuando se discute se dicen muchas cosas que no se piensan realmente. Además, tú también le llamaste «pintamonas engreído».

—Sólo me defendí de sus ataques. Timothy siempre quiere hacer las cosas a su manera.

—¿Por qué no lo hablamos, los tres, en la reunión?

Nathan no contestó a esa pregunta.

—¿Me has oído? —insistió Melissa.

—Espera, espera...

—¿Qué pasa ahora?

—He visto algo extraño entre la niebla... Venía hacia mí y ha desaparecido de pronto.

Melissa se sintió desconcertada.

—¿Algo extraño...?

Pero la voz de Nathan dejó de oírse al otro lado del teléfono.

—¡Nathan...! Nathan, ¿estás ahí?

Melissa Dawson volvió a marcar el número, sin obtener respuesta.

Fue hasta el aparcamiento de bicicletas del campus, sin dejar de preguntarse qué demonios habría visto Nathan y por qué se había perdido la comunicación en ese preciso momento. Tal vez el móvil de Nathan se había quedado sin batería. Sí, pensó Melissa Dawson, no podía tratarse de otra cosa. En un par de horas

lo sabría, si es que Nathan acudía a la reunión convocada por Timothy.

Los tres amigos se habían conocido hacía un año en la librería del amable señor Lander, el padre de Timothy. Era una vieja librería especializada en cómics y literatura fantástica, situada en una de las callejuelas medievales del barrio antiguo de Edimburgo, muy cerca de Mount Street. Timothy Lander trabajaba en la librería los fines de semana para ayudar a su padre. Era un chico normal, alto y delgado, muy imaginativo y con los ojos risueños como los de su padre. Tan pronto como aprendió a leer se sumergió en las historias de héroes y malvados que el señor Lander —como el propio Timothy lo llamaba— había ido coleccionando a lo largo de toda su vida, y que guardaba como un verdadero tesoro, de valor incalculable, en los estantes de la tienda.

Pero en lo que realmente destacaba Timothy, hasta el punto de convertirse en un experto, era en dibujar o pintar personajes de cómics. A pesar de que sólo tenía quince años, su habilidad le permitía copiar o crear cualquier escena que tuviese ante sus ojos o pasara por su imaginación. Cuando Melissa Dawson lo conoció, el primer día que entró en la librería, lo vio dibujando sobre el mostrador la viñeta de un robot de combate. Era un dibujo realmente fascinante, casi tan real como cualquiera de los que ella había visto en las novelas gráficas futuristas, antes de aficionarse a los cómics manga.

—¿Lo has hecho tú? —preguntó, admirada.

—Sí..., pero aún no lo he terminado. ¿Te gusta?

—Es genial.

—Puedes quedártelo, si quieres. Yo haré otro —dijo Timothy, después de dar los últimos retoques al dibujo con una habilidad de artesano.

A Melissa le apasionaban los cómics, aunque cuando Timothy le preguntó aquel día por qué, no supo explicarlo. Tal vez porque le permitían soñar con ser una heroína en un mundo que no le gustaba demasiado o, tal vez, porque a través de los cómics se adentraba en mundos desconocidos y prodigiosos, que la ayudaban a vencer sus inseguridades y sus miedos. Era una chica solitaria y tímida, que vestía de un modo algo extravagante: una mezcla de lolita y gótico, pero sin colgantes metálicos en el cuello ni en las muñecas. Al menos, ésa fue la impresión de Timothy cuando la vio entrar en la librería y se sintió deslumbrado por los ojos casi transparentes de aquella chica morena, un poco pálida, vestida de negro, que llevaba un piercing en la ceja derecha y un personaje manga estampado en su camiseta. Después de agradecerle a Timothy su regalo, Melissa le pidió que le recomendara el mejor cómic del mundo. Jamás olvidaría las palabras que Timothy pronunció entonces:

—El mejor cómic del mundo aún no existe, pero puedo recomendarte alguno del escritor que lo creará, aunque no es muy conocido: se llama Layonel Savage y es un gran amigo de mi padre —le había dicho, sin ocultar su orgullo.

Desde aquel día, Melissa visitaba la librería una vez a la semana para comprar nuevos cómics. Al poco tiempo también conoció allí a Nathan Spey: un chico rubio de ojos muy azules y vivos, algo rebelde, inquieto, simpático y divertido —aunque un año más joven que ella y que Timothy—, que devoraba cómics y novelas de literatura fantástica con el mismo entusiasmo con que manejaba el mando de una videoconsola o su monopatín de última generación. A pesar de vestir como un skater callejero, con sudadera larga, vaqueros, la gorra vuelta hacia atrás, zapatillas deportivas y los diminutos auriculares de un iPod metidos en los oídos, Nathan era otro visitante asiduo de la librería. Se pasaba allí largas

horas, leyendo las contraportadas y los primeros capítulos de libros o cómics de género fantástico. Sólo cuando encontraba una novela o un tebeo que le sugería una historia interesante, se acercaba al mostrador, lo pagaba y se lo llevaba a su casa para devorarlo en apenas una semana. Un día, Timothy le pidió a Nathan que le enseñara a montar en el skateboard que siempre llevaba bajo el brazo, y así iniciaron una amistad inquebrantable, reforzada por la admiración que Nathan comenzaba a sentir por Timothy. Poco tiempo después, ambos coincidieron con Melissa en la librería.

—Éste es Nathan, mi maestro de skateboard y mi único amigo —dijo Timothy, contento de aquel encuentro fortuito.

Desde aquel día, todo fue bien entre ellos, hasta que decidieron crear juntos su propia revista de cómics. Entonces comenzaron los problemas.



### Capítulo 3

## EL CLUB DE LA TRASTIENDA

**C**ómic era el nombre de la vieja librería del padre de Timothy, pero Melissa Dawson propuso que fuese también la palabra clave de la pequeña sociedad secreta que los tres amigos decidieron crear poco tiempo después de conocerse. Habían vuelto a coincidir en la librería una tarde helada y desaparecible y Timothy invitó a Melissa y a Nathan a ver la trastienda.

—Es como un viejo museo del cómic —les dijo.

Y no les mintió. Timothy los condujo aquella tarde por un estrecho pasadizo en penumbras, que parecía llevar a las entrañas de un destartalado caserón medieval. Melissa no estaba acostumbrada a recorrer pasillos tan lúgubres y oscuros como aquél. Vivía a las afueras de la ciudad, en un pequeño apartamento luminoso de Morningside. Sólo visitaba el centro antiguo de Edimburgo para ir de compras o a la librería del señor Lander, pues ninguna otra le parecía tan bien surtida de clásicos y novedades como aquella. Además, Melissa rara vez salía de casa cuando llegaba del colegio en el que estudiaba. Se llevaba bien con algunas de sus compañeras de clase, pero lo cierto era que no tenía ninguna amiga íntima entre ellas, ninguna amiga en la que confiara. Por

eso prefería estar sola, aunque la soledad provocara a veces que sus miedos aparecieran ante ella como fantasmas, espectros horribles que sólo desaparecían de su mente cuando leía cómics o se reunía con Nathan y Timothy.

De no haber ido acompañada por ellos, Melissa jamás se hubiera atrevido a entrar sola en aquel oscuro pasadizo, claustrofóbico e interminable como muchos rincones de la ciudad vieja de Edimburgo. Le recordaba las tenebrosas galerías subterráneas del barrio de Mary King's Close, frecuentemente visitadas por los turistas, que recorrían con sus guías los pasos invisibles de antiguas leyendas de fantasmas. La primera y única vez que Melissa Dawson visitó ese lugar lo hizo acompañada por algunas compañeras de clase, hacía un par de años. Todas deseaban conocer esa mítica y lúgubre parte de la ciudad, enterrada bajo el suelo de Edimburgo, y en la que vivieron y murieron miles de personas durante años, sin más luz que la de las velas o las lámparas de aceite. Melissa había oído hablar mucho sobre los fenómenos extraños que ocurrían en las casas y los callejones subterráneos de Mary King's Close, y sintió verdadero terror antes de decidirse a entrar en ellos. Y lo hizo porque no tuvo el valor de negarse ante la insistencia de sus compañeras, que no dudarían en burlarse de su cobardía y tacharla de miedica ante todo el colegio.

Ella sabía que, alrededor del año 1645, una epidemia de peste arrasó la ciudad de Edimburgo y sembró las calles de cadáveres putrefactos. Para evitar la propagación de la enfermedad, las autoridades de la época ordenaron el aislamiento de los enfermos en el barrio excavado bajo la ciudad, y luego cerraron todas las entradas para que nadie pudiera salir de allí. Los habitantes de Mary King's Close murieron todos en poco tiempo, y las casas y los callejones del barrio subterráneo de Edimburgo se convirtieron en una tumba gigantesca en la que, como ase-

guraban las leyendas, vagarían eternamente las almas de los muertos.

Melissa no había olvidado el horror que vivió aquel día, rodeada de sombras fantasmagóricas, de ecos de gritos y horribles lamentos. Sintió, al recordarlo en el preciso instante en que cruzaba junto a Nathan y Timothy el pasadizo que llevaba a la trastienda de la librería, que no tardaría en caer desmayada junto a sus amigos.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Nathan, al ver entre penumbras la exagerada palidez del rostro de Melissa.

—No, no es nada, sólo estoy un poco cansada —dijo, decidida a no confesar su miedo a la oscuridad.

Al final del pasillo, Timothy abrió una puerta y encendió una luz, tan débil como el resplandor de una luciérnaga, pero suficiente para ver lo que había dentro de una sala con paredes de piedra, amplia y abovedada. Estaba repleta de estantes, libros y tebeos de todos los tiempos, pósteres, maquetas y figuras de los artilugios y personajes más famosos del universo del cómic y del cine fantástico.

Fue Nathan Spey quien tuvo la idea, al contemplar aquel lugar tan fascinante como enigmático.

—¿Por qué no creamos un club de amigos del cómic? Esta sala sería un buen escondite donde leer y hablar de las aventuras de nuestros héroes. Sería como fundar una sociedad secreta —explicó ilusionado.

Melissa y Timothy estuvieron de acuerdo, pero éste dijo que, antes, debía pedirle permiso a su padre para utilizar la trastienda como lugar de reunión de sus amigos. Al señor Lander le pareció una idea interesante. Aunque le advirtió que tuviesen cuidado porque, a veces, algunos secretos podían ser peligrosos. Pero Timothy no pudo comprender qué clase de peligros podía haber en fundar un club de amigos del cómic, por muy secreto que fuera.

No tenían la intención de conspirar contra nada ni contra nadie, como hacían las sociedades secretas creadas por algunos malvados para apoderarse del mundo.

—¿Y cómo llamaremos a nuestro club? —preguntó Melissa, preocupada por encontrar un nombre apropiado. Todos los que se le ocurrían eran demasiado pretenciosos o ridículos.

—¿Qué os parece El Club de la Trastienda? —sugirió Timothy.

Melissa parecía más animada después de dejar atrás el pasado en penumbras.

—A mí me gusta, la trastienda suena a misterio, a algo oculto o escondido —dijo, sobreponiéndose al temor que aún atenazaba sus palabras. Y aunque el olor a humedad de aquel lugar no le gustaba demasiado, la idea de formar parte de un club secreto con Nathan y Timothy era más poderosa que sus propios miedos.

Nathan había pensado otro nombre mucho más atrevido y futurista, como La nave de los héroes, pero supuso que su amigo Timothy tenía más derecho a elegir que él, al fin y al cabo estaban en su casa. Timothy y su padre vivían en la planta superior de la librería.

—Yo estoy de acuerdo —aceptó al fin.

Melissa se sintió feliz. Desde ese momento estarían unidos por algo más que por una simple amistad. El cómic los había convertido en un club, en una sociedad secreta de la que sólo ellos tres formarían parte.

—Propongo que «cómic» sea la palabra clave del Club y que la usemos cada vez que deseemos ponernos en contacto entre nosotros. Bastará con que uno envíe a los demás un mensaje con la clave escrita para que los tres nos reunamos aquí, a esta misma hora.

Y tiempo después, a esa misma hora, a las cinco de la tarde, Melissa entraba en la librería, haciendo sonar la campanilla que

colgaba de la puerta. Si Timothy les había enviado el mensaje esa mañana era porque quería hablar con ella y con Nathan. ¿Sobre qué? Eso era algo que nunca sabían por adelantado. El miembro del Club que convocaba la reunión podía proponer cualquier tema: la lectura de un nuevo cómic o de una novela fantástica, comentar la obra que leían o las novedades editoriales recién llegadas a la librería, establecer las reglas para algún juego de rol o, como había hecho Melissa hacía una semana, plantear la creación de su propia revista de cómic: una revista que hablara de sus héroes. Pero la última reunión del Club acabó en una discusión entre Timothy y Nathan por la clase de artículos que iban a escribir en el primer número y sobre qué géneros.

Melissa confiaba en que todo se aclararía pronto entre ellos, y pensó que quizá Timothy los había convocado para hacer las paces con Nathan.

—Hola, señor Lander —dijo Melissa.

El señor Lander estaba sentado en su pequeña mesa, tras el mostrador. A Melissa siempre le había llamado la atención la alegría que el padre de Timothy mostraba. Era un hombre delgado, pero las facciones de su rostro eran dulces, en lugar de afiladas. Tenía unas gafas de varilla dorada con cristales redondeados que apoyaba en la punta de la nariz. El señor Lander solía mirar por encima de ellos y parecía sonreír con los ojos. Pero esa tarde Melissa creyó ver un brillo de tristeza en su mirada amable.

Al verla entrar, el señor Lander se limitó a levantar la cabeza de los papeles que ordenaba, sin decir nada, como si un ser invisible se hubiera colado de rondón en la librería o el viento hubiera hecho sonar la campanilla.

—¿Está Timothy en la trastienda? —preguntó Melissa.

El señor Lander asintió con un leve parpadeo y volvió a ensimismarse en sus documentos. Melissa pasó tras el mostrador y se

encaminó sola por el pasillo en penumbras. Después de un año entrando y saliendo de la librería, ya no le tenía miedo a la oscuridad de aquel siniestro pasadizo.

Cuando abrió la puerta de la trastienda encontró a Timothy con un cómic del escritor Layonel Savage en las manos, sentado en un rincón de la sala. Tenía los ojos enrojecidos, como de haber llorado, pero Melissa pensó que debía de ser a causa del mucho tiempo que Timothy llevaría leyendo y la poca luz de aquella habitación sin ventanas.

Timothy se alegró al ver a Melissa. La saludó, se puso en pie y se acercó a ella.

—¿Crees que Nathan vendrá? —preguntó.

—Lo llamé por teléfono esta mañana, después de recibir el mensaje. Aún está un poco enfadado.

—Todo fue culpa suya, tú misma lo viste.

—No, Timothy, la culpa fue mía. Nunca debí proponer que escribiéramos juntos una revista de cómics. Cada uno de nosotros ve las cosas de distinta forma y tiene gustos diferentes.

—Pero tu idea era genial. Podríamos haber formado un buen equipo. Tú tienes mucha imaginación, Nathan sabe cómo escribir artículos, escenas y diálogos, y yo sé dibujar viñetas. Sólo teníamos que ponernos de acuerdo en los temas de los artículos que íbamos a escribir.

Melissa hizo una mueca de aprobación con sus labios.

—Ése fue el problema. A mí me gusta el manga, pero a Nathan le apasiona la fantasía y a ti no hay quien te saque de la acción pura y el misterio. Tú eres obstinado; Nathan es rebelde, y yo no supe defender mi propio criterio. No era fácil que nos pusiéramos de acuerdo, ¿no crees?

—Es posible que tengas razón —admitió Timothy.

Sabía que Melissa estaba en lo cierto. A pesar de su sólida

amistad, tenían caracteres muy distintos y, en algunas ocasiones, la rivalidad por el control del grupo surgía de un modo tan espontáneo como intenso. Nadie discutía ni ponía en duda que Timothy era el dueño del territorio en el que se reunía el Club de la Trastienda, pero era evidente que Nathan reclamaba su propio espacio en el grupo. No podía evitar sentir que, por ser un año más joven, Timothy y Melissa apenas lo tenían en cuenta en sus decisiones; sobre todo, cuando a veces cuchicheaban entre ellos como si quisieran alejarlo de sus confidencias. A veces creía que no era más que el chico de los recados, que Timothy y Melissa lo trataban como si fuera su hermano pequeño, con el que debían convivir, pero sin prestarle demasiada atención.

Sin embargo, ninguno de ellos dudaba de que el Club de la Trastienda les proporcionaba una seguridad en sí mismos de la que carecían fuera del grupo. Melissa comenzaba a superar sus miedos y su falta de autoestima, Timothy se sentía importante asumiendo el liderazgo del Club y Nathan creía haber encontrado al fin la pequeña pandilla con la que siempre soñó y que nunca había encontrado entre los skaters de las calles.

—Ya son más de las cinco, no creo que Nathan asista a la reunión de hoy. Siempre ha sido muy puntual —comentó Timothy, mientras miraba las agujas de su reloj.

—He vuelto a llamarlo antes de salir de casa, pero su móvil sigue desconectado. No sé qué ha podido ocurrirle. Esta mañana, mientras hablaba con él por teléfono, me dijo que había visto algo extraño que se acercaba a él y desaparecía de pronto entre la niebla.

—Estaría de broma. No es la primera vez que Nathan inventa una historieta así para divertirse a nuestra costa.

—Lo extraño es que su móvil quedó desconectado justo en ese momento.

Antes de que Timothy pudiese decir algo, la puerta de la trastienda volvió a abrirse. Nathan Spey entró en la sala con la respiración entrecortada.

—¡Perdí el autobús por un pelo! He tenido que venir corriendo tras él —dijo con aire divertido.

Después de ver al recién llegado, Melissa sonrió. Los tres estaban juntos de nuevo. El Club de la Trastienda seguiría adelante.

—Bueno, supongo que ahora podrás decirnos para qué has convocado la reunión —murmuró Melissa, impaciente.

Una sombra de desolación se proyectó en las pupilas de Timothy.

—Ha ocurrido algo terrible —respondió.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Nathan, a quien lo que menos le importaba ya era la discusión que lo había alejado de su mejor amigo durante los últimos días.

—Layonel Savage ha sido asesinado —balbució Timothy, intentando contener las lágrimas.

Melissa y Nathan creyeron que un puño de acero les había golpeado el estómago, y empezaron a temblar desde la cabeza a los pies.

—¿Está muerto? ¿Lo han matado? —consiguió preguntar Melissa, con un susurro apenas audible, después de salir de su aturdimiento. Sabía que eran dos preguntas absurdas, pero Layonel Savage era su autor de cómics favorito y no podía creer que alguien fuera capaz de asesinarlo. Ellos lo conocían personalmente. Incluso habían estado en su mansión en varias ocasiones, después de que el padre de Timothy se los presentara hacía unos meses, durante una firma de ejemplares de sus cómics en la librería.

—Lo encontraron muerto anoche, en el parque Princes Street.

—¿Cómo... cómo lo han matado? —balbució Nathan, sin estar muy seguro de que los detalles macabros importaran mucho en ese momento.

—Tenía clavado un puñal dorado en el pecho —explicó Timothy.

Nathan estaba aturdido por la terrible noticia, incapaz todavía de asimilar que fuera cierta. Hasta llegó a pensar por un momento que todo era una simple historia de cómics, como las que ellos leían en el Club de la Trastienda. Incluso le costaba comprender qué era exactamente la muerte.

Melissa lloraba en silencio. Timothy se acercó a ella y la abrazó con ternura.

—Vamos, cálmate, por favor.

—¿Quién ha podido hacer algo tan horrible? —preguntó Melissa, sin dejar de sollozar.

—Mi padre me ha dicho que la Policía aún no sabe quién puede ser el asesino ni por qué lo ha matado de ese modo.

—¡Entonces lo averiguaremos nosotros! —exclamó Nathan, con los ojos inyectados de rabia.

—Esto no es un cómic de acción, Nathan, es un crimen real, y nosotros no somos Scotland Yard —replicó Timothy.

—¡Demonios, no podemos quedarnos con los brazos cruzados! Algo podremos hacer —insistió Nathan.

—Lo único que podemos hacer es seguir recordándolo. Era un tipo genial —murmuró Melissa, aún abatida.

Hacía apenas unos días que el padre de Timothy les había prometido que los llevaría a visitar a Layonel Savage en su mansión, para que les mostrara su nueva novela gráfica. Todos estaban ilusionados e impacientes por que ese día llegara pronto. Pero en ese momento sabían que no llegaría nunca.

Nathan se quitó la gorra y se rascó la cabeza.

—Creo que está pasando algo muy raro. ¿Recuerdas lo que vi esta mañana mientras hablábamos por teléfono?

—Dijiste que algo extraño se acercaba a ti y luego desaparecía entre la niebla.

—Así es. Ocurrió justo en el momento en que se cortó la comunicación entre nuestros móviles.

—Pensé que te habías quedado sin batería.

—No, no fue eso. Había cargado el móvil durante toda la noche.

—Entonces, ¿qué pudo pasar? —insistió Melissa.

—Cuando perdimos la conexión ocurrió algo más que me dejó helado.

Timothy no sabía muy bien de qué hablaban sus amigos, a pesar de que Melissa le había hecho algún comentario al respecto, cuando llegó a la trastienda de la librería apenas unos minutos antes.

—Supongo que estarás hablando en serio, Nathan. Éste no es momento para bromas —dijo.

—¡Lo juro por la eterna unión del Club!

—Dinos qué pasó de una vez —le apremió Melissa. Era evidente que Nathan no mentía; al menos, en lo que se refería a la inesperada interrupción de su conversación telefónica.

—Lo primero que vi fue una sombra siniestra entre la niebla. Fue muy rápido, apareció ante mí para desaparecer de nuevo al instante, dejando un zumbido atroz en mis oídos. Sólo tuve tiempo de dar un salto para intentar apartarme de su camino. Tenía el aspecto de un lobo negro con unos ojos muy brillantes y rojizos.

—Probablemente fuese un perro vagabundo —especuló Timothy, sin darle importancia.

—¡Era mucho más grande y peludo que un simple perro! Ten-

dríais que haberlo visto como yo lo vi para saberlo. Y luego aparecieron los otros, como si fuesen fantasmas o almas en pena vagando entre la niebla.

—¿Fantasmas? —preguntó Melissa, descreída. Ése era un tema que no le agradaba demasiado.

—Bueno, no exactamente... Pero parecía un grupo de guerreros, de eso estoy seguro. Aunque no pude verlos con claridad, sí vi los destellos plateados de sus espadas.

—¿Estás seguro de que no te habías bebido antes todo el whisky de la bodega de tu padre? —soltó Timothy, conteniendo una carcajada.

—No me crees, ¿verdad?

—Lo que estás contando no es más que una de tus historias fantásticas. ¿La has inventado para convencernos de que dediquemos el primer número de la revista que propuso Melissa a ese tema?

Nathan sintió deseos de marcharse de nuevo del Club de la Trastienda y abandonar a sus amigos para siempre. Nunca habría mentido sobre ese asunto; menos aún después de la trágica muerte de Layonel Savage.

—No pensarías lo mismo si te dijera dónde ocurrió todo —dijo, evitando volver a discutir con Timothy.

Melissa intervino para impedir que los dos amigos se enzarzaran de nuevo en una pelea dialéctica sin sentido.

—Vamos, Timothy, deja que Nathan continúe, yo sí creo lo que dice.

Nathan miró a Melissa con expresión de sorpresa. Por esa vez, estaba de su lado.

—Todo pasó en el parque Princes Street. Yo iba camino de mi casa desde el colegio cuando tú me llamaste por teléfono. Siempre cruzo por los jardines para coger un atajo.

La voz de Melissa volvió a interrumpir a Nathan. Las casualidades imposibles la fascinaban.

—¿Lo que viste estaba en el mismo lugar en que fue asesinado Layonel Savage? —preguntó.

—Así es, por eso creo que está pasando algo muy raro en la ciudad.

—¡Si estás mintiendo, Nathan, no volveré a dirigirte la palabra jamás! —advirtió Timothy, ensombreciendo su voz.

En ese instante la puerta de la trastienda volvió a abrirse. Era el señor Lander.

—Nathan os está diciendo la verdad —aseguró el padre de Timothy, para sorpresa de los tres miembros del club secreto.

—¿Estabas espiándonos? —preguntó Timothy a su padre, sin poder comprender lo que estaba sucediendo.

El señor Lander se ruborizó.

—¡No, no, jamás haría una cosa así...! Lo siento, pero no he podido evitar oír vuestra discusión; habláis con demasiada vehemencia. Sólo venía a deciros que ya está cerrada la librería y que tendréis que salir por la puerta trasera. Ahora debo ir a la casa de Layonel Savage —explicó a su hijo.

—¿Cómo sabes que Nathan nos está contando la verdad? —preguntó Timothy, aún más aturdido. Su padre también se estaba comportando de un modo extraño.

—Será mejor que vengáis conmigo —dijo el señor Lander, a la vez que cubría su cuerpo con una larga capa de color negro.